

de Mondego, interrumpiendo esta operación repetidas veces la frecuente agitación que en aquella mar producen los vientos del Oeste; no obstante, las tropas inglesas procedentes de Cork en número de nueve á diez mil hombres saltaron en tierra en cinco ó seis días, con todos sus pertrechos y avíos y con todo el boato que acompaña siempre á los ejércitos ingleses. Llegaba á la sazón al mismo fondeadero el cuerpo del general Spéncer, quien, antes de recibir las órdenes de sir Arturo Wellesley, al saber el desastre sufrido por Dupont, se había embarcado para dirigir á otro punto sus esfuerzos, persuadido de que ya no había servicios que prestar en Andalucía, libre por entonces de la presencia de las tropas francesas. Advertido de la llegada del convoy de Cork fué á incorporarse con él enfrente de la bahía de Mondego, y el 8 de agosto había ya acabado de hacer su desembarco y de verificar su reunión con el cuerpo de sir Arturo Wellesley. Hallábase, pues, éste á la cabeza de un ejército de catorce ó quince mil hombres, compuesto casi todo de infantería y artillería. Contábase en él á lo sumo cuatrocientos jineteres, cosa no de extrañar en una expedición marítima por ser la caballería de transporte dificultoso y hasta imposible á cierta distancia. Pero la infantería era excelente, con todas las cualidades que realzan á la milicia inglesa. El ejército en la Gran Bretaña se compone, como nadie ignora, de individuos de todas clases alistados voluntariamente en las filas, que sirven toda su vida ó poco menos, sujetos á una disciplina formidable que por las más leves faltas los mata á palos y que de cualquier hombre bueno ó malo hace un súbdito obediente y uniforme, que arrostra el peligro con una sumisión siempre invariable, en pos de unos oficiales llenos de honor y de arrojo. El soldado inglés, bien alimentado y vestido, certero en sus tiros, lento en su marcha por la poca costumbre de caminar y cierta falta de ardimiento espontáneo, es firme, casi invencible en ciertas posiciones en que la naturaleza de las localidades favorece á su carácter resistente; pero degenera en débil si se le obliga á marchar, á acometer y á vencer dificultades que sólo pueden superarse á fuerza de viveza, de audacia y de entusiasmo. En suma es el soldado inglés firme, pero no emprendedor. Así como el soldado francés, ardoroso, enérgico y pronto, y dispuesto á arrostrarlo todo, era el instrumento predestinado del genio de Napoleón, el soldado inflexible y flemático de Inglaterra parecía formado para la inteligencia poco universal, pero juiciosa y segura, de sir Arturo Wellesley. A un soldado semejante convenía si era posible desviarle de la mar, reducirle á caminar, á emprender, en una palabra, á descubrir sus defectos, en vez de ir á chocar contra sus cualidades acometiéndole en posiciones fortificadas. Pero el bizarro é impetuoso Junot no era hombre que pudiera conducirse con tanto cálculo y prudencia, y era de temer que fuera á estrellar sus ímpetus contra la glacial energía de los soldados ingleses.

Emprendió la marcha sir Arturo Wellesley el 8 de agosto por la ribera del mar, procurando tener siempre á la mano sus provisiones y todo lo necesario para una retirada. Tuvo desde su entrada en campaña grandes altercados con el ejército portugués. Los sublevados de Portugal habían formado, juntando todas sus fuerzas en el Norte de su territorio, un ejército de cinco á seis mil

hombres bajo el general Freyre. Deseaba sir Arturo Wellesley allegárselo para proteger sus flancos, pero los portugueses, ya fuese por miedo de acercarse mucho á los franceses, según la increpación que el general inglés les dirigió ante su gobierno (1), ya porque no tuviesen completa confianza en unos auxiliares siempre dispuestos á ponerse en cobro en sus naves al primer revés dejando á sus aliados soportar solos los golpes del enemigo, expresaron exigencias que el general inglés se negó á satisfacer, cuales fueron que los mantuviese el ejército británico con las municiones que traía en sus buques. Desechada esta pretensión, tomaron los portugueses el partido de campar por su respeto y ocuparon los caminos de lo interior, abandonando á sus aliados la ruta del litoral. Diéronles solamente mil cuatrocientos hombres de infantería ligera y unos trescientos caballos que les sirviesen de descubridores.

No bien supo Junot en Lisboa el desembarco de un ejército británico, primero por el mal contenido júbilo de los habitantes y después por las señales positivas que se le comunicaron en breve, se propuso salirle al encuentro para repelerle á la mar. La única resolución prudente que podía tomarse era, en efecto, reconcentrarse inmediatamente, recoger hasta el último soldado de todos los puntos de importancia secundaria, reducirse á la custodia de Lisboa únicamente, dejar tan sólo en la capital la gente inútil y adelantarse á recibir á los ingleses con quince ó diez y ocho mil hombres, escogiendo para batirlos la ocasión en que no estuviesen asistidos de sus ventajas naturales, que eran las de la defensiva; pero por desgracia Junot verificó su concentración de una manera incompleta, y mostró una impaciencia excesiva de topar con los ingleses en cualquiera parte y de cualquier modo para arrojarlos al mar lo más pronto posible.

Ya había sacrificado el general francés de cuatro á cinco mil hombres entre Almeida, Elvás, Setúbal, Peniche y otros varios puntos militares: las excursiones que por disposición suya acababan de verificar los generales Loison, Margarón y otros, habían puesto fuera de combate ó cansado á muchos soldados que importaba sobremanera conservar, de modo que sólo podía oponer á lo sumo diez mil hombres á un enemigo que contaba ya con catorce ó quince mil, y que podía en breve reunir hasta veinte ó treinta mil. Trajo Junot á Loison del Alentejo y mandó salir al general Delaborde con su división al encuentro de los ingleses para observarlos y molestarlos hasta que pudieran reunirse contra ellos todas las tropas disponibles. Preparóse á salir él mismo en persona con la reserva, cuando los enemigos estuviesen más cerca de Lisboa y cuando ya el acometerlos y el derrotarlos no le precisase á pasar más de tres ó cuatro días fuera de Lisboa; porque juzgaba con razón que su presencia y la de la reserva no podían faltar de allí sin graves inconvenientes.

Con arreglo á esto, el general Delaborde con las tropas de Margarón tuvo que salir el primero por Leiria á esperar á los ingleses, mientras el general Loison, volviendo del Alentejo á marchas forzadas, se le agregaba

(1) Así lo afirma el duque de Wellington en su correspondencia con el gabinete británico, que acaba de publicarse en Inglaterra, y que ofrece un conjunto de documentos tan preciosos como interesantes. (N del A.)

por Abrantes, y mientras Junot en persona se disponía á completar esta concentración de fuerzas llevando consigo todas las tropas que pudiese sacar de la guarnición de Lisboa.

El general Delaborde, que tomó el camino de Leiria, llegó á vista de los ingleses el 14 ó el 15: esperaba para acometerlos la incorporación del general Loison que hacía todo lo posible por agregársele con sus tropas extenuadas por las fatigas y los grandes calores. El 16 de agosto tropezó con las avanzadas enemigas, y el 17 tuvo que venir con ellas á las manos de una manera que hacía patentes las ventajas que podíamos prometernos dejando á los ingleses la iniciativa en los reencuentros.

Soldado viejo, lleno de experiencia y de energía, iba el general Delaborde flanqueando á los ingleses por el camino del litoral que desemboca hacia Torres-Vedras en las montañas que circundan á Lisboa, y el 16 por la tarde los alcanzó en las cercanías de Ovido. Retiróse pacíficamente á su vista, esperando que se presentase una posición favorable para hacerles probar el valor de sus soldados, sin empeñar combate decisivo, conociendo que no podía ni debía arriesgarlo antes de la concentración general de las tropas francesas. Halló la posición que buscaba en las cercanías de Roliza, en el centro de una llanura arenosa cruzada por numerosos arroyos, encerrada entre colinas por donde subía serpenteando la carretera para bajar después al pueblo de Zambugeiro. El 17 por la mañana seguía el ejército inglés á la división del general Delaborde, que escasamente contaba tres mil hombres, atravesando la llanura de Roliza. Caminaban los ingleses pausadamente y con orden en pos de los franceses, atentos y resueltos, que no se acobardaban por la inferioridad de su número, si bien salían á uno contra cinco, esto es, unos tres mil contra catorce ó quince mil. No creyó el general Delaborde que debía poner empeño en defender á Roliza en aquel descampado, porque aunque bien le saliese, había de verse envuelto muy en breve y reducido á abandonarlo desordenadamente para no ser cogido. Prefirió por lo tanto retirarse espontáneamente al fin de la llanura y á las alturas por donde subía el camino para salir á Zambugeiro, y se situó en aquellas colinas esperando á los ingleses con resolución. Continuaron éstos avanzando: marchaba la primera la brigada del general Nightingale en una sola línea, apoyada por las brigadas de Hill y Fane en columnas cerradas, mientras la de Crawford hacía un rodeo por su izquierda con intento de envolver á los franceses, y el destacamento portugués hacía otro por la derecha para adelantarse á ellos en Zambugeiro.

El general Delaborde, dejando á los ingleses internarse trabajosamente en unos barrancos llenos de mirtos y jarales y de esos fuertes arbustos que producen las regiones meridionales, eligió para acometerlos el momento en que los vio más embarazados con los obstáculos del terreno. Dispuso que empezasen á molestarlos con descargas unos cuantos tiradores bien diestros, y que después cerrasen con ellos impetuosamente á la bayoneta sus batallones y los derribasen al pie de las colinas. Repitió esta maniobra varias veces, y de este modo hirió y mató al enemigo unos mil doscientos ó mil quinientos hombres. Sostuvo este combate cuatro horas seguidas, maniobrando siempre con arte y precisión sin

igual y causando doble ó triple pérdida de la que sufría. Sólo se retiró cuando se vio en peligro de ser envuelto por las columnas que por derecha é izquierda avanzaban hacia Zambugeiro. En vano intentaron detenerle varios destacamentos: abrióse paso por todos y llegó á Zambugeiro con quinientos ó seiscientos hombres fuera de combate, pero sin abandonar más que los muertos, llevando todos sus heridos y dejando en el ánimo del enemigo una impresión indeleble del poder de la tropa francesa bien dirigida; porque, en efecto, ¿qué no era de temer de todas ellas reunidas cuando menos de tres mil hombres habían desplegado tan formidable resistencia?

Encaminóse el general Delaborde á Torres-Vedras, donde tenía que incorporarse con el general Loison procedente de Abrantes y con el general Junot que había salido de Lisboa.

Esta acción debió confirmar á sir Arturo Wellesley por propia experiencia en lo que ya sabía, esto es, que tenía que habérselas con un enemigo muy difícil de vencer, por lo cual resolvió no avanzar sino con la mayor circunspección. Acababa de divisarse en la mar un numeroso convoy que conducía nuevas tropas, y eran las brigadas de Anstrúther y Ackland recientemente embarcadas y seguidas muy de cerca por el cuerpo de ejército de John Moore. Llevábanle estas dos brigadas un refuerzo de cinco mil hombres por lo menos; pero no iba con ellas el general en jefe sir Hew Dalrymple, lo que le proporcionaba la doble ventaja de adquirir mayores fuerzas y de permanecer independientemente. Resolvió por lo tanto acercarse á la mar por Lourinha para que se le incorporasen las dos brigadas referidas, y con este objeto fué á apostarse en las alturas de Vimeiro que protegen un fondeadero muy á propósito para un desembarco. El 19 por la noche se le agregó la brigada de Anstrúther y el 30 la de Ackland. Desquitando los muertos y heridos de Roliza subía con este refuerzo su ejército á diez y ocho mil hombres presentes sobre las armas.

Al saber el general Junot que se aproximaban los ingleses se dió prisa á salir de Lisboa con todas las fuerzas disponibles y encaminóse á Torres-Vedras, donde acababa de llegar el general Loison. Por haber querido conservar demasiados puntos, á pesar de haber evacuado bastantes, y por haber querido acudir á sofocar las principales insurrecciones aun cuando había descuidado las secundarias, no podía reunir el general Junot arriba de nueve mil y tantos combatientes. Había, pues, que batirse contra doble número de ingleses al entrar en acción con la formidable infantería que conducía sir Arturo Wellesley. Nuestra superioridad era verdaderamente grande por lo tocante á la caballería, arma de escasa utilidad en las posiciones que iban á ser el teatro de la batalla; sin embargo, nueve mil franceses conducidos como lo habían sido los tres mil del general Delaborde, podían, defendiendo bien las posiciones que hay antes de llegar á Lisboa, hacer frente á diez y ocho mil ingleses y reducirlos á la imposibilidad de conquistar la capital de Portugal, con tal de que se escogiese un terreno tan favorable como el de Roliza.

Tenían los ingleses que salvar un promontorio que se alza á la derecha del Tajo y en cuyo recuesto asienta Lisboa. Presenta este promontorio angostas gargantas que era forzoso atravesar para llegar á la capital, y en

las que se hubiera podido derrotar á los ingleses, una vez internados en ellas, dejándoles todas las desventajas de la ofensiva. Arrebatado Junot por su inmoderado ardimiento no quiso esperarlos en aquellos desfiladeros, donde pudo tal vez batirlos, sino que resolvió irlos á buscar y forzarlos en su misma posición para repelerlos á la mar. El 20 por la noche se puso al frente de las alturas de Vimeiro.

Muy apurado se hubiera visto en este punto sir Arturo Wellesley si se le hubiera atacado como correspondía y con las fuerzas suficientes, porque ocupaba unas elevaciones cuyo recuesto caía á la mar cortado á pico. Forzado en semejante posición, podía caer precipitado al agua antes de tener tiempo de embarcarse. Estaba, pues, entre una victoria y una derrota. Pero tenía diez y ocho mil hombres, numerosa artillería y posiciones de muy difícil acceso; sabía por varios informes que iba á habérselas con un enemigo muy inferior en número, y estaba finalmente dotado de una firmeza de carácter igual á la de sus soldados: todo esto hacía que pudiese conservar la mayor serenidad. La cadena de posiciones que ocupaba estaba cortada en dos por una cañada que servía de álveo al riachuelo de la Maceira, y en cuya hondonada descollaba la aldea de Vimeiro; pero contaba con los suficientes medios de comunicación para pasar de unas á otras alturas. Tenía cuatro brigadas en los montes situados á su derecha, y dos en los que se alzaban á su izquierda. Su infantería, establecida en tres líneas, con formidable artillería en los intervalos, presentaba tres escalones dominándose y reforzándose unos á otros.

Si esta posición, fuerte como era, hubiese sido reconocida á tiempo, hubieran debido los franceses ó renunciar á tomarla ó acometerla solamente por un lado con todas sus fuerzas reunidas. Una vez desalojados en parte los ingleses, podían ser completamente arrollados y precipitados al abismo que tenían á la espalda; pero llegaron los nuestros el 21 al romper el día sin haber tomado las precauciones convenientes y sin ocultar sus movimientos al enemigo: el general Junot, advirtiendo que la izquierda de los ingleses era el ala menos defendida, dispuso un movimiento de su izquierda á su derecha, para tener mayor fuerza de este lado; pero descubriéndolo sir Arturo Wellesley desde las eminencias que ocupaba, se apresuró á imitarlo, á fin de restablecer el equilibrio de las fuerzas, y lo pudo verificar con mucha más rapidez que su adversario porque sólo tenía que describir la cuerda del arco y le bastaba la mitad de tiempo para llevar sus tropas de una á otra ala.

Los franceses, mientras maniobraba su ala derecha, empeñaron el ataque con la izquierda contra Vimeiro. Formaba este pueblecillo la derecha de los ingleses y su lado más fuerte. Avanzó resueltamente al enemigo la brigada de Thomiere de la división de Delaborde: este valiente general condujo el ataque con extrema violencia; pero el terreno, que no había podido escoger como en Roliza, ofrecía obstáculos casi insuperables. Además de tener que trepar á una posición escarpada, había que vencer dos líneas de infantería, una artillería poderosa por su número y calibre, y por último arrostrar sin desalentarse otra línea más, que era la tercera, formada por la brigada de Hill, que coronaba las alturas á la espalda. Cerraron los franceses denodadamente,

exponiéndose primero á las descargas de metralla y además á los fuegos de fusilería de los ingleses, continuos y bien dirigidos; pero no pudieron llegar siquiera hasta sus líneas. Al verlos detenidos, el general Kéllermann, que mandaba la reserva compuesta de dos regimientos de granaderos que se habían sacado de todos los cuerpos, emprendió con uno de estos regimientos la acometida de la meseta de Vimeiro: precedíale una batería de artillería que intentó tomar posición y que fué desmontada en breve por el fuego terrible de los ingleses. Fué gravemente herido el coronel Foy. El general Kéllermann, sin embargo, arremetió con sus granaderos: trepó hasta llegar á la cima, y fué recibido con tales descargas de frente, de costado y en todas direcciones, que derribados unos sobre otros sin poder adelantar un paso los valientes soldados, fueron repelidos hasta el pie de la colina. Al verlo, cuatrocientos dragones que formaban toda la caballería inglesa, quisieron sacar partido de la apurada situación de nuestros granaderos dándoles una carga; pero el general Margarón, que se hallaba en aquel punto con sus bizarros jinetes, se arrojó al galope sobre los dragones ingleses y vengó en ellos, acuchillándolos, el revés sufrido por nuestra infantería. Avanzó en seguida el segundo regimiento de granaderos para cerrar á su vez con el enemigo, aunque sin esperanza de ganar la posición. Mientras esto pasaba por la izquierda, la brigada de Solignac de la división de Loison tropezaba por la derecha con obstáculos idénticos. Nuestros valientes soldados, irreflexivamente lanzados contra una posición donde el enemigo combatía con todas sus ventajas y donde nosotros no podíamos utilizar ninguna de las nuestras, se estrellaban doquiera contra tres líneas de infantería, una artillería formidable y un terreno escarpado imposible de dominar, teniendo que sufrir descargas perpendiculares.

Estaba el día en su mitad: la acción locamente empeñada sin probabilidad ninguna de superar los obstáculos que se nos oponían, nos costaba ya mil ochocientos hombres, es decir, la quinta parte de nuestra fuerza efectiva. Obsternarse en continuarla era exponerse á perder inútilmente todo el ejército. Resignóse, pues, Junot á retirarse tomando consejo de sus valientes oficiales, y lo ejecutó ordenadamente hacia Torres-Vedras, acuchillando su caballería á tiradores y jinetes ingleses que se atrevían á perseguirnos.

Después de esta infructuosa tentativa para repeler á los ingleses á la mar, no quedaba ya esperanza de poder subsistir en Portugal. Aunque se reuniesen en Lisboa todas las fuerzas disponibles, no juntábamos más de diez mil hombres en estado de combatir, y con este número teníamos que sujetar á una población hostil de trescientas mil almas, y contener un ejército inglés que en muy pocos días iba á reunir á veintiocho ó veintinueve mil combatientes. Quedábanos en verdad el recurso de emprender por el Norte de Portugal y España una retirada semejante á la famosa de los diez mil, por entre poblaciones sublevadas, dejando varios miles de enfermos en manos de los portugueses y sembrando la ruta de muertos y moribundos, con lo cual habríamos perdido más de la mitad del ejército. Eran, pues, ambas resoluciones de imposible ejecución. Por otra parte no era partido reprobado por el honor entrar en negociaciones con los ingleses, nación civilizada que

cumplía fielmente sus compromisos, sobre todo después de la acción de Roliza y de la batalla de Vimeiro.

Designóse en consecuencia al general Kéllermann, que reunía á grandes talentos militares una sagacidad poco común, y fué enviado al cuartel general inglés á negociar sobre la suerte de los enfermos y prisioneros. Acababa de verificarse á la sazón un cambio en el ejército británico. Había llegado sir Hew Dalrymple con su jefe de estado mayor, Enrique Burrard, para tomar el mando. Afortunado siempre sir Arturo Wellesley en su brillante carrera, dejaba el bastón después de laureado con una victoria que debía principalmente á los errores del enemigo. No debía pesarle que se cerrase con ella la campaña, y que la conquista de Portugal se le atribuyese á él exclusivamente. Sir Hew Dalrymple y Enrique Burrard por su parte no tenían conocimiento de las circunstancias, ignoraban las dificultades que podían quedarles por vencer, y en su interior holgábanse de empezar encontrando á los franceses dispuestos á entregarles el Portugal sin exponerse á nuevas eventualidades. Sin embargo, si se hubieran detenido á apreciar la situación y lo que iba á gahar para ellos con la llegada del cuerpo de ejército de John Moore, no se hubieran mostrado tan asequibles. Pero en la larga plática que entablaron con el general Kéllermann, á quien trataron con todos los honores de que era digno, dejaron entrever muy claramente su predisposición á negociar; aprovechó éste la ocasión con mucho tacto, y concertó desde luego con ellos una tregua, reservándose celebrar más adelante un convenio definitivo sobre la evacuación del país.

Regresó Kéllermann al cuartel general francés y participó al comandante en jefe y á sus compañeros de armas la disposición que había encontrado en los ingleses, y se convino que se tratase sobre la evacuación de Portugal con tal de que fuesen en todo honrosas las condiciones. Volvió al cuartel general enemigo, y se señaló á Cintra como punto para entablar las pláticas. Duraron éstas varios días, con no menos cortesía en las formas que calor en las discusiones: los ingleses no querían conceder todas las ventajas que reclamaban los franceses desde el punto de vista del honor militar; negábanse principalmente á tratar al almirante ruso Siniavín con todos los miramientos que Junot exigía, más bien por puntillo de delicadeza que por deber, puesto que dicho almirante pudo haber sacado adelante la causa común apoyando á los franceses y por no hacerlo así la había comprometido, y no merecía por consiguiente que por su persona se entorpeciesen las negociaciones; sin embargo, quería Junot que el almirante ruso quedase en completa libertad de retirarse á los mares del Norte con su escuadra, y declaraba que si esto no se le otorgaba sólo dejaría á Lisboa convertida en ruinas después de entregarla al hierro y al incendio. Felizmente el almirante Siniavín, aliado tan incómodo como inútil, se mostró deseoso de negociar por su parte separadamente, sin duda por no querer deber nada al ejército francés, de quien le decía su conciencia no haber merecido nada. Apresuróse Junot á dar su consentimiento, y removido entonces el principal obstáculo, no tardó en restablecerse el concierto.

El convenio celebrado en Cintra se firmó el 30 de agosto: por él se estipulaba que el ejército francés se

retiraría con todos los honores de la guerra y llevándose todo lo que le perteneciese; que sería conducido en buques ingleses á los puertos de Francia más cercanos, como La Rochela, Lorient y otros; que podría entrar en servicio inmediatamente; que los enfermos y heridos serían tratados con esmero y trasladados á su vez así que su salud les permitiese hacer el viaje; que lo mismo se haría con las guarniciones de Almeida y Elvás que quedaban tierra adentro. Convínose además en que los franceses no se llevarían objeto ninguno que perteneciese al Portugal, cuyas rentas habían administrado con tanto orden como fidelidad, y en cuyo tesoro dejaban nueve millones después de haberlo recibido completamente exhausto á su llegada. Estipulóse por último que no se haría indagaciones de ninguna especie en cuanto á lo pasado, y que los portugueses que habían abrazado la causa de los franceses serían respetados en sus personas y propiedades.

Este arreglo era tan honroso como podía desearse para el ejército francés, porque todo él quedaba salvo y en situación de poder volver á tomar las armas contra España pasado el término de un mes. No podían los ingleses seguir el ejemplo de los españoles violando el convenio de Cintra como habían éstos infringido la capitulación de Bailén: por el contrario, reunieron en la embocadura del Tajo las numerosas escuadras que acababan de poner en tierra treinta mil soldados ingleses en las costas de Portugal, y las dispusieron á conducir los veintidós mil franceses que quedaban de los veintiséis mil que había llevado el general Junot. Tomáronlos á bordo en los primeros días de septiembre para depositarlos fielmente en las costas de Santonge y de Bretaña.

Con esto, desde últimos de agosto quedó evacuada hasta el Ebro toda la península, tan fácilmente invadida en febrero y marzo. Dos ejércitos franceses habían en ella capitulado, uno honrosamente, otro de un modo humillante: los demás sólo ocupaban en el Ebro las salidas de los Pirineos. De los ciento treinta mil hombres que habían pasado esta barrera, no quedaban ya más de sesenta mil sobre las armas, aunque se contasen ochenta mil con los veintidós mil que navegaban hacia Francia con bandera británica. Esta era la recompensa de una empresa acometida con tropas bisoñas y escasas, preparada además por una política sofisticada é inicua. Habíamos perdido en poco tiempo nuestra reputación de honradez y el prestigio de nuestras victorias jamás mancillado con derrotas, y por de pronto podía creer con razón la Europa que el ejército francés había decaído de su superioridad. No era así en verdad, y este heroico ejército iba á probar todavía en cien batallas que era siempre el mismo.

Para colmo de confusión, íbamos perdiendo todas las pingües colonias españolas que entraban por tanto en los ambiciosos y gigantescos proyectos de Napoleón. Méjico y el vasto continente del Sur, desde el Perú hasta la embocadura del río de la Plata, se insurreccionaron al rumor de los sucesos de Bayona, abrieron sus puertos á los ingleses y se adhirieron á la causa de la dinastía prisionera.

De modo que todas las combinaciones de Napoleón se estrellaban á un tiempo contra la indignación de un pueblo engañado y exasperado. Nada faltaba, pues, al

castigo merecido por su yerro, nada en verdad, porque su mismo hermano, aterrado al considerar la carga que había tomado sobre sí, y echando muy de menos el delicioso y tranquilo reino de Nápoles, le escribió el 9 de agosto desde las márgenes del Ebro una carta desesperada que fué sin duda para él la más amarga reconvencción. «Todos son contra mí, le decía, todos sin excepción: la misma clase elevada, al principio indecisa, ha acabado por seguir el impulso de la clase ínfima. No tengo un solo español que me sea adicto. Felipe V no tuvo más que un competidor; yo tengo por enemigo á un pueblo entero. Como general, mi papel sería soportable, y hasta fácil, porque con un destacamento de tus tropas veteranas podría vencer á los españoles; pero como rey es insostenible, puesto que para someter á mis súbditos tendría que ensangrentarme en una gran parte de ellos. Renuncio, pues, al cargo de reinar en una nación que no me quiere por rey; deseo, sin embargo, no retirarme vencido. Envíame uno de tus ejércitos veteranos, yo entraré á su cabeza en Madrid y allí trataré con los españoles. Si quieres les restituiré á Fer-

nando VII en tu nombre, reteniendo una parte de su territorio hasta el Ebro, porque bien puede la Francia una vez vencedora hacerse pagar cara su victoria. Así conseguirá el premio de sus esfuerzos y de su sangre derramada y yo volveré á pedirte que me restituyas el trono de Nápoles, del que aún no ha tomado posesión el príncipe á quien le tenías destinado. Soy tu hermano, corre en mis venas tu propia sangre, y la justicia y el parentesco reclaman que me des la preferencia: entonces, con la tranquilidad que tanto se conforma con mis inclinaciones, podré yo seguir labrando la ventura de un pueblo que recibe gustoso la felicidad de mis manos.» Esto en substancia escribía José á Napoleón desde las márgenes del Ebro. No podía darse un juicio más severo ni más justo que el que se desprendía de este lenguaje de un rey desesperado, que se veía reducido á reinar mal de su grado en un pueblo insurrecto. Comprendiólo Napoleón, y la respuesta que le dió, que se verá más adelante, fué una prueba de la mucha impresión que le hizo la involuntaria dureza del juicio formado por su propio hermano.

LIBRO TRIGÉSIMO SEGUNDO

ERFURT

Recibe Napoleón la noticia de la capitulación de Bailén estando de viaje por las provincias meridionales del imperio. — Efecto que en él produce aquel malhadado acontecimiento. — Orden mandando arrestar al general Dupont á su regreso á Francia. — Cumple Napoleón la palabra que había dado de visitar la Vendée, y entusiasmo con que es recibido. — Su llegada á París el 14 de agosto. — Exasperación y audacia del Austria con motivo de los acontecimientos de Bayona. — Explicaciones habidas con Mr. de Metternich. — Intenta Napoleón obligar á la corte de Viena á manifestar sus verdaderos proyectos antes de adoptar un partido definitivo sobre la distribución de sus fuerzas. — Preciado á sacar de Alemania parte de sus tropas veteranas, consiente Napoleón evacuar el territorio de Prusia. — Condiciones de esta evacuación. — Necesidad que tiene Napoleón de adherirse más que nunca á la corte de Rusia. — Deseo que repetidas veces muestra Alejandro de tener nuevamente vistas con Napoleón para entenderse directamente sobre la cuestión de Oriente. — Conviénese en que la entrevista se celebrará en Erfurt á fines de septiembre. — Tómanse disposiciones para que se verifique con todo el esplendor posible. — Entretanto hace Napoleón sus preparativos militares calculando todas las contingencias. — Estado de las cosas en España mientras está Napoleón en París. — Operaciones del rey José. — Distribución que hace Napoleón de sus ejércitos. — Tropas francesas é italianas enviadas del Piamonte á Cataluña. — Marcha de los cuerpos primero y sexto de Prusia con dirección á España. — Envíanse en la misma dirección todas las divisiones de dragones. — Combinaciones que se hacen para reemplazar las tropas que se van á sacar del grande ejército. — Nuevos alistamientos. — Dispendios que originan. — Medios que se adoptan para contener la baja de los fondos públicos. — Efecto que producen en los varios gabinetes las manifestaciones diplomáticas de Napoleón. — El Austria intimidada modera su lenguaje. — La Prusia acepta con júbilo la evacuación de su territorio, invocando no obstante una nueva disminución de sus cargas pecuniarias. — Premura del emperador Alejandro por trasladarse á Erfurt. — Opónese su madre á este viaje. — Llegan los dos emperadores á Erfurt el 27 de septiembre de 1808. — Cortesía exquisita de que hacen alarde en sus relaciones. — Afluencia de soberanos y grandes personajes civiles y militares que acuden de todas las capitales. — Espectáculo magnífico que presencia la Europa. — Ideas políticas que se propone Napoleón hacer triunfar en Erfurt. — Intenta substituir á la quimera de la repartición del imperio turco el dar desde luego á la Rusia la Valaquia y la Moldavia. — Efecto que este nuevo cebo produce en la imaginación de Alejandro. — Entra éste en las miras de Napoleón, pero se propone compensar en brevedad lo que pierde en extensión. — Su antiguo ministro Mr. de Romazoff muestra todavía más impaciencia que él mismo por poseer las provincias del Danubio. — Conformidad de los dos emperadores. — Satisfacción recíproca y festejos con que se celebra. — Llega á Erfurt Mr. de Vincent, representante del Austria. — Situación falsa en que procuran ponerle Alejandro y Napoleón. — Después de convenirse, tratan los dos emperadores de consignar por escrito las resoluciones tomadas verbalmente. — Deseoso Napoleón de promover la paz con la entrevista de Erfurt, quiere que se empiece haciendo invitaciones pacíficas á la Inglaterra. — Accede Alejandro con tal de que no se retrase la toma de posesión de las provincias del Danubio. — Dificultad de encontrar una redacción que satisfaga ambos deseos. — Fírmase el convenio de Erfurt el 12 de octubre. — Para congraciarse con Alejandro concede Napoleón á la Prusia una nueva reducción de sus contribuciones. — Primera idea de enlace de Napoleón con una hermana de Alejandro. — Disposiciones que sobre este asunto manifiesta el joven zar. — Contento de ambos emperadores, y su separación el 14 de octubre después de darse señaladas pruebas de afecto. — Viaje de Alejandro á San Petersburgo y de Napoleón á París. — Llegada de éste á Saint-Cloud el 18 de octubre. — Sus últimas disposiciones antes de trasladarse al ejército de España. — Tranquilizado por algún tiempo con respecto al Austria, saca Napoleón de Alemania otro cuerpo, que es el quinto. — Conviértese el grande ejército en ejército del Rhin. — Composición y organización del ejército en España. — Salen Berthier y Napoleón para Bayona. — Queda Mr. de Romazoff en París para seguir la negociación entablada con Inglaterra en nombre de la Francia y de la Rusia. — Recibimiento que se hace en Londres al mensaje de los dos emperadores. — Esfuerzos de Mr. de Champagny y de Romazoff para eludir las dificultades que suscita el gabinete británico. — Temiendo la Inglaterra desanimar á los españoles y á los austriacos, rompe bruscamente las negociaciones. — Respuesta amarga del Austria á las comunicaciones que se le envían de Erfurt. — Según las manifestaciones de las diversas cortes, puede preverse que Napoleón no tendrá en España tiempo para hacer una larga campaña. — Sus combinaciones para hacerla decisiva.

Había pasado Napoleón en Bayona y en los departamentos al pie de los Pirineos los meses de junio y julio, en que se verificaron los sucesos que acabamos de relatar. Visitó sucesivamente á Pau, á Auch, á Tolosa, á Montaubán y á Burdeos, festejado en todas partes y en todas recibido con alborozo por los pueblos, siempre contentos de príncipes que les hacen caso y ocupan algunos momentos su ociosidad, pero esta vez más deseosos que nunca de ver al hombre extraordinario que con tan justos títulos excitaba su curiosidad y admiración. A su presencia habían ejecutado los vascones sus graciosas y pintorescas danzas; Tolosa le había demostrado su júbilo con su acostumbrada expansión. Apenas se tenía noticia en estas mismas provin-

cias de los sucesos de España, porque no consentía Napoleón publicación ninguna contraria á sus miras. Sabíase por inevitables comunicaciones entre una y otra vertiente de los Pirineos, que el Aragón estaba levantado en armas, y que el rey José tropezaba con gravísimos obstáculos para establecerse en su nuevo trono; mas no se creía que pudiese tener trascendencia la oposición que hacía al vencedor del continente la desgraciada España, exhausta y desorganizada con veinte años de mal gobierno. Todos allí por lo tanto padecían el mismo engaño que Napoleón acerca de lo que podía suceder allende del Pirineo. Miraban á éste como emblema del triunfo, del poder y del genio, y sólo algunos realistas rancios que pasaban por testarudos predecían,